

Media hora de mi vida

Elijo un día al azar cualquiera, treinta minutos de mi vida.

Mi mente toda, mis ojos, mis oídos, hasta mi nariz, mis pies. Será todo a mi alrededor, adelante, atrás, a los lados, arriba y hacia lo alto, contemplando la obra humana, llevando mi mirada al más allá que confunde, a donde uno no llega y sobre todo mirando al suelo.

Un largo trecho aguarda en el espacio físico, corto, cortísimo en la existencia de la materia y en el espíritu; calculo en unos cinco mil pasos normales de mi existencia itinerante, un montón en más o en menos, arriba o abajo, según por donde uno vaya, qué ruta, qué atajo tome, lo que el destino de ese día depare y tiempo infinitamente inapreciable en ese más allá a donde un día iremos y que no tiene lugar, límite ni horizonte siquiera.

El marcapasos irreverente y cruel señaló las ocho y media en punto de ese día común y normal por su pertinaz repetición, que se prodiga una y otra vez y otra, a lo largo de la vida de uno y de tantos más. Que en eso de la hora siempre fui respetuoso y exigente cumplidor. Y ya alimentado el cuerpo a mi manera, aseado ese mismo cuerpo, frescos el alma y el espíritu por un nuevo día que hace un rato ha comenzado, según, porque a veces apenas está comenzando, con sus variopintos caprichos y formalidades de siempre y por siempre invariables en esa ejecutoria sempiterna.

Leve portazo cuando uno sale, que no se debe molestar a los que dentro quedan. Con renovadas ganas en este nuevo día, uno más, otro. Topándote de pronto, otra vez, en el rellano, con la ya vieja colilla que alguien tiró, el vecino quizás que en su casa no le dejan o mal educado o prepotente que dice que la escalera es también suya, o del visitante irrespetuoso y cochino porque no le importa. Y ves que la vecina también se marcha y el portero que limpia, dale que dale.

Al otro lado del portal se arremolinan alocadas y en desorden las hojas venidas de sabe Dios y los papeles que vuelan placenteros de un lado para otro, como fantasmones, desgarrados y sucios.

Cae la lluvia cadenciosamente o fuerte y descortés, o solo está nublado, o luce ya el sol limpiísimo, o la niebla acuosa se ve descender y ascender mecida por la brisa; o el frío que se adivina, o el calor y todo hace que uno apueste por el modo de mejor salir, se apreste y afronte la situación, el momento, pero por fin salga, que el camino hay que andarlo.

–Buenos días, ya tan de mañana, los primeros. Y te contestan, buenos días, adiós, o un sin fin de cosas más; y no tienes tiempo y te vas.

Te da de lleno en la cara ese vaho pegajoso que te molesta, o la brisa fría y heladora, o el aire fuerte, o tienes que abrir el paraguas; o te aprestas a disfrutar de esa mañana plétórica de paz y encantadora, que te hace sentir deseos fuertes de gritar que renaces a una nueva vida.

Y otra vez los buenos días y adiós y muchas cosas.

Y miras a los estudiantes con su perceptible carga de ilusión, henchidos y radiantes de felicidad, que atraviesan ligeros ese patio que no es suyo o que llenan a rebosar la acera; y los repartidores a domicilio, el butanero madrugador, el hombre que trae los mejores y más frescos huevos, la panadera; el enfermo del vecino manicomio que anda de mil maneras, presuroso y gesticulante también en esta su media hora, o metiéndose con quien topa a su paso y que recalará indefectiblemente en el cercano bar.

Hay prisa esta mañana y cualquiera. El día ha despertado y parece contagiar a todos nueva vida y esperanza o resignación y todos se aprestan a vivirlo como mejor puedan, con renovadas energías.

De lleno la madre al volver de la esquina, un hijo de cada mano y corre o casi, que el autobús la espera y le pides perdón todo convencido o te dan ganas de decirles hasta zopencos. Y enfilas la calle, acera adelante, por donde te han marcado, inclinándote para mejor cortar el aire, o respiras profunda y acompasadamente, con felicidad y hasta te entran ganas de hacer otros gestos, ufano y gozoso en esta mañana y miras de reojo, que has percibido en otros que ellos también se sienten igual, o por si descubres que te miran curiosos porque han notado en ti que esa mañana tú solo eres el raro.

La hierba ya en los primeros jardincillos se inclina en mil formas humildes y caprichosas, con gotitas de hermoso rocío, con partículas de finísimo hielo que le puso la noche, o gordas gotas de agua que al primer movimiento hacen chorro; entre rosales floridos y olorosos o macilentos y huérfanos de color; entre papeles de colores de ignorada procedencia, botellas de plástico y los siempre consejeros y alegres gorriones y las palomas, que allí encontrarán succulento manjar, o cobijo al menos y resguardo y sombra cuanta quieran.

Apenas has salido a la libertad y parece que te ves metido de lleno otra vez y cogido entre muros y paredes, más inmensas que las que has dejado, que puedes tocarlas unas, otras lejanas que no te dejan ver. La vida que renace esta mañana te alegra y te agobia a la vez y te

sientes una vez más ese ser que solo ni casi se nota, ni casi existe y eres tú y otros.

Hay que pasar ligero el cruce, ruta de tanta máquina que solo gruñe, que esa mañana no experimenta sensaciones, que amenaza, que impone su sola ley, se mofa ya tan de mañana de tu pequeñez y debilidad, te ordena seguir siempre adelante o te hace parar, o te empuja, hiere tus sentidos y tu propio cuerpo.

Y hay unos nuevos deseos esta mañana de ver, descubrir, adivinar algo nuevo, no importa, algo que ayer no se vio, en lo que no se reparó. Y mecido con el ritmo de los propios pasos, ante la vista del carrusel infantil ahí situado, piensas cuando niño acudías con ilusión desbordada tú también; y no haces mucho caso, que son cosas ya pasadas, qué se le va a hacer y sigues. Pero antes habrás dado pequeños puntapiés a esos montones, sin perder el paso, que entre la suciedad y los papales a veces uno quiere adivinar formas y cosas del porqué, que te acompañarán luego un buen rato.

Griterío y risas infantiles y tiernos llantos ante los inmensos almacenes pedagógicos de niños. Y ademanes y acciones cariñosas ya tan de mañana y ante la misma acera que tienes que sortear y el mismo rostro, la misma persona de ayer y de siempre, que te topas con ella, que ya no sabes ni de qué, ni cómo, ni de cuándo la conoces y que te dan ganas de hablarle de viva voz, porque jamás lo has hecho, porque con el pensamiento ya lo estás haciendo y querrías no estar tan solo y alejado de su amistad en esta selva inmensamente poblada de tan forzada indiferencia que te condena poco a poco a estar solo.

Un mimetismo feroz se apodera esta mañana también de tu existencia. Todo está calcado para que tus ojos no puedan deleitarse en la contemplación de algo nuevo.

Acaso la visión del siniestro y luctuoso acontecer, allí mismo por donde tú pasas, que te pone el alma en vilo y sientes ganas de verter hasta lágrimas por el dolor ajeno al que al fin eres sensible.

Acaso la alegría vivificante que te invade por esa buena noticia mañanera que te han dado y que en el trayecto te abrirá las puertas a nuevas esperanzas, a la fe.

Mientras el pensamiento vuela y vuela a velocidades que uno ni siquiera puede controlar y se consulta el reloj tras el tiempo distraído con el encuentro casual, los ojos lo escrutan todo y miras y miras al suelo sin cesar, donde tantas y tantas cosas se acumulan esa mañana y aparecen perdidas o despreciadas y hasta no quieres esa pequeña moneda que has visto o te agachas a cogerla si es que no hay

ojos que te miran, como temeroso de cometer un sacrilegio con tu acción.

Y los gruñidos lastimeros de esos ángeles metálicos custodios, que ya tan de mañana y a todas horas contemplas en tu ir y venir, en su alocada carrera, que te hacen pensar con pena en su carga de fatalidad o miseria, o te inclinas a pensar que es tan solo una señal de alegría a los cuatro vientos de la felicidad que se encuentra entre sus alas metálicas o la dicha presta a nacer.

Unos últimos pasos me acercan a la realidad cotidiana y me sacan de este diálogo conmigo mismo y la contemplación de cuanto me ha rodeado durante treinta minutos de mi vida.

Apenas salido de una puerta que se cerró y otra ya se abre a mi paso para seguir este caminar constante de la vida.

—Buenos días, buenos. Una, dos o tres veces según. Y un día que me deparará toda la alegría, los sinsabores también, si es que los hay, dentro de un tiempo infinitamente mayor, pero quizás no tan rico en sensaciones como esta media hora de mi vida.